

Aquí, ahora.

Era una noche estrellada de finales de abril. El día había sido cálido para la fecha, pero, acorde a lo que los expertos decían, el cambio climático estaba aquí para quedarse. De hecho, los 28 grados diurnos en la comarca de Pas-Miera estaban lejos de ser normales. Sara miraba al cielo y a los astros brillar.

«¿Cuál será la Osa Mayor?», se preguntaba mientras volvía a darse cuenta de la carencia general de conceptos que sufría. «Debería leer más sobre cultura general —se decía a sí misma—. O quizás jugar al trivial más frecuentemente». En la última partida que había jugado en el instituto había quedado un poco en evidencia. En comparación con sus compañeros de estudios, Sara se había quedado por detrás de la media de su clase. Sin embargo, era muy observadora y perspicaz, y no tenía problemas a la hora de dejar volar su imaginación, queja constante de muchos de sus profesores de bachillerato. Con todo, Sara era muy buena en otras muchas facetas, una de ellas el inglés. La lengua anglosajona y su cultura le atraían enormemente, por lo que el hecho de saber sobre astrología o no tampoco era muy relevante para ella. Sí para sus padres, no obstante.

Haber sido criada por un padre autoritario y exigente y una madre sumisa y conformista no le habían ayudado a creer lo suficiente en sí misma; por ello su mayor problema era, con diferencia, su falta de autoestima. Y allí estaba ella, a pesar de su déficit cultural, en aquel paraje de ensueño, rodeada por altas montañas y verdes prados, en el corazón de aquella Cantabria infinita que llamaban. Sara no conocía aquella provincia, mucho menos sabía de la existencia de los valles pasiegos donde se encontraba, porque al igual que muchos otros españoles, siempre había creído que Cantabria era Asturias o algo situado cerca de Galicia, en el norte, en una palabra. De nuevo, el analfabetismo cultural del que ella misma se quejaba pero que tampoco ponía demasiado interés en mejorar.

Haber terminado en uno de los mejores hoteles de la provincia para pasar el puente de mayo había sido todo un golpe de suerte. Los padres de su amiga Laura habían reservado dos habitaciones dobles comunicadas en el balneario de aguas medicinales del pintoresco pueblo de Puente Viesgo, con la idea de descubrir la comunidad autónoma, llamada también “la tierruca”, por aquellos emigrantes nostálgicos que, por circunstancias de la vida, habían acabado en la capital de España. Y es que ese fin de semana era muy esperado por los madrileños. Un descanso que muchos esperaban ansiosos y que significaba en muchos casos el anuncio de que las vacaciones de verano estaban cerca. Para muchos estudiantes como Sara y Laura significaba empezar a estudiar duro porque los exámenes estaban cerca, aunque ellas aún no tenían la presión de la temida PAU, puesto que todavía estaban en primer curso de bachiller. Aun así, debían hincar codos y se habían propuesto dedicarle algún momento a los estudios en esos días de relax. Incluso habían intentado organizar un horario, sabiendo de antemano que no lo

cumplirían. Pero tener una agenda era bueno para tranquilizar sus mentes y la de sus progenitores. Especialmente los de Sara, que distaban mucho de estar contentos con los resultados académicos de su hija. De hecho, estudiar había sido un reclamo por parte de su padre antes de acceder a permitir que viajara con su amiga y su familia, aunque en realidad, había sido Rosario, su madre, quién finalmente había logrado convencer a Ramón de consentir la escapada de su hija adolescente.

De ningún otro modo hubiera Sara tenido la oportunidad de alojarse en un resort de semejante categoría, no sólo por el alojamiento en sí, sino también por el frondoso paraíso que lo rodeaba. Los padres de Laura habían consentido a su vez a la petición de su hija única de llevarse a Sara con ellos, ya que la adolescente se negaba a acompañarlos si una amiga no viajaba a su lado para alegrarle un poco esos días, que prometían traer aburrimiento y hastío soberanos.

Sara llevaría unos quince minutos mirando a través de la ventana de la habitación que compartía con su amiga, aparentemente ensimismada en sus propios pensamientos, pero desde luego practicando también lo que llaman ahora *mindfulness*, absorta en el momento presente, puesto que algo, más allá de los astros, captó su atención. Un muchacho cabizbajo, con las manos en los bolsillos y sin rumbo aparente. Vestía de manera casual y acorde a las modas del momento entre los más jóvenes, pero con un aire más rústico quizás. Debía tener más o menos su edad, diecisiete años, tal vez dieciocho, que le permitirían conducir, entre otras cosas. Pero iba caminando, deambulando más bien, y curiosamente sin ningún dispositivo en sus manos que le distrajera de sus pensamientos, los cuales parecían ser lejos de placenteros. En ese momento, Sara compartía con él la falta de teléfono móvil, *smartphone*, para los más estilosos en el uso del lenguaje referente a las nuevas tecnologías. La chica era diferente al resto de sus compañeros en eso también. No era hábil a la hora de grabar videos para TikTok, ni mucho menos influyente para atraer seguidores, hecho que daba ventaja a su popular amiga Laura, totalmente opuesta a ella en este y otros muchos sentidos. El hecho de que sus padres también le tenían prohibido un uso excesivo de las redes y a sus diecisiete años siguiera teniendo límite horario en su uso, daba a Sara la ventaja de desarrollar esa imaginación y creatividad natas. Su perspicacia le había hecho fijar su mirada en ese chico, que de otra manera hubiera pasado desapercibido entre post y post. Le siguió con la mirada hasta que el muchacho giró a la derecha y perdió su rastro.

—Saldré a pasear —se dijo—. Quizás le encuentre en alguna de las callejas del pueblo y la suerte siga de mi lado. Yo también tendré alguna aventura que contar y no sólo Laura... y la mía será real, sin filtros o imágenes creadas por la Inteligencia Artificial —pensó.

Las campanas de la iglesia de San Miguel acababan de tocar, eran las nueve y Sara se dispuso a inventar una excusa para salir de la habitación. Laura, ensimismada en

los *reels* y *stories* de su dispositivo, asintió sin prestarle demasiada atención a la necesidad de su amiga de salir a tomar el aire fresco de las montañas, que llegada esa hora, había dejado de ser asfixiante y húmedo. Por su parte, Alberto y Mónica, padres de Laura, estaban disfrutando de una cena romántica en el restaurante “El jardín” del hotel y ni siquiera se percataron de su escapada nocturna. «¡Aquella podría ser su gran noche!» pensó. Como decía el cantante Raphael, a quién su abuelo materno tanto admiraba.

Sara estaba dispuesta a seguir los pasos del chaval. Ni ella misma se creía lo que estaba a punto de hacer. Ella, persiguiendo a un chico. Eso era más propio de Laura, la exitosa entre los adolescentes, pero no ella, que ni de lejos era popular ni mucho menos descarada para entablar una conversación con un desconocido del sexo opuesto aunque fuera de su edad. Sara a veces pensaba que había nacido en el lugar y momento equivocados. La ciudad le venía grande y los nuevos tiempos tecnológicos le sobrepasaban y le hacían sentir aislada en muchas ocasiones. Sentía que no encajaba en esa sociedad de la que, quisiera o no, formaba parte. A veces se imaginaba viviendo en un ambiente rural como el que describían en su *podcast* en inglés favorito *The Archers*. Era buena en inglés y eso era un hecho, especialmente en la comprensión auditiva, por lo que seguir las vidas e historias de los personajes narrados en esta radionovela le resultaban, aparte de francamente fáciles, muy atractivas. En el futuro, se veía a sí misma trabajando en una quesería como Fallon, o en una granja como George, dos de sus personajes favoritos. A diferencia de sus compañeros ella no quería estudiar *marketing* o ADE, dos de los grados con más demanda en su ciudad. Sara adoraba el queso y se sentía muy atraída por su proceso de elaboración. Su sueño de trabajar en una quesería nunca se lo había revelado a nadie, ni siquiera a su amiga, por temor a que se burlara de su oculta afición.

Sin embargo, su amiga Laura traía algo de normalidad a la vida de Sara, quién a su lado parecía ser menos extraña en su grupo de iguales. Laura, por su parte, encontraba en Sara esa seguridad de sentirse «superior»: más alta, estilosa y con gran éxito entre los chicos de su edad. Una falsa sensación con la que realmente trataba de ocultar sus inseguridades y miedos. El tándem que creaban beneficiaba de alguna manera a las dos. Pero Sara se sentía más cómoda en otros ambientes menos populares y sociales. Quizás por eso sentía esa conexión extraña con aquellas tierras cántabras que acababa de descubrir. Tierras que no estaban sobrepobladas y le hacían sentirse en casa, en su hogar, en paz, en una palabra.

Efectivamente, Sara se sentía intrínsecamente unida a las tierras montañosas, llenas de verdor y de vida, que acababa de descubrir. El sonido del agua del río Pas transmitía serenidad y calma, un estado emocional difícil de describir y que bien se iba a cuidar de compartir con su amiga, temiendo que la juzgara de friki o rara. Pero esa conexión era palpable y notable para ella. No podía negar que sentía como si

alguna vez hubiera pertenecido a la comarca cántabra. «Algún antepasado, quizás», pensó. Investigaría sobre sus ancestros tan pronto como regresara a la ciudad.

Curioso: a ella, que nunca le había interesado la investigación cuando había que hacer proyectos para el instituto, le movía ahora una necesidad extrema de descubrir, de saber más, de informarse sobre temas que en ese momento se le hacían reveladores, como si algo en su interior se hubiera encendido. Desde que supo que ese viaje al norte de España le estaba permitido, no había cesado de investigar acerca de la región. Había indagado sobre la zona pasiega que iba a visitar con la familia de su amiga. Había descubierto la historia de las amas de cría que a tantos niños habían amamantado con sus nutrientes leches maternas. Las aguas de aquellas montañas sí que debían ser mágicas, se decía Sara, para criar nobles y plebeyos tan robustos.

Volvió a su objetivo de ir en busca de aquel muchacho. De la misma manera que Sara se sentía vinculada a aquellas verdes praderas, también sentía esa conexión con ese adolescente desconocido. Algo le decía que tenía que encontrarlo. ¿Sería su alma gemela, tal vez?, se preguntó. Sara acababa de leer una novela en inglés titulada *The Virgin Blue*, escrita por Tracy Chevalier. Quizás ella había estado también unida a Puente Viesgo y sus aldeanos al igual que Ella Turner, protagonista de la novela, lo había estado a una pequeña villa francesa. En cualquier caso, Sara salió del hotel con paso firme y resuelto, decidida y dispuesta a lograr su objetivo. «Seguramente se haya dirigido hacia el río», pensó. Caminó hasta llegar al puente de madera y... allí estaba él.

—Hola —dijo Sara en un tono amigable y como si conociera al chico de toda la vida.

Juan, que así se llamaba el muchacho y estaba absorto observando el agua, levantó la mirada y saludó a Sara sin prestarle demasiada atención.

—¿Sueles venir a este sitio a relajarte? —preguntó Sara—. Cierto es que invita a la calma y a la desconexión. A estar en el aquí y ahora —continuó ella.

Pero Juan sentía que ese aquí y ahora para nada le traía la calma o la desconexión de las que hablaba aquella joven; su estado era más bien de preocupación y agitación en aquel momento.

—Supongo que estarás agotado por los exámenes, ¿cierto? —volvió a preguntar Sara.

—No exactamente —respondió Juan—. Es el cierre de la quesería de mis padres lo que me preocupa —comentó el muchacho.

«¡Una quesería!», pensó Sara eufórica.

—¿No eres de aquí, verdad? —prosiguió Juan.

—No, soy madrileña. Estoy pasando unos días con mi amiga y su familia.

—¿Tu amiga es esa chica alta de ojos pardos con la que ibas esta mañana?

«¡Cómo no!», pensó Sara. Se había fijado en Laura y no en ella, como el resto de los chavales del centro educativo donde estudiaban. A su lado, ella no tenía nada que hacer entre los chicos de su edad. Laura siempre era la elegida.

—Os vi paseando esta mañana. ¿Estaréis hasta el domingo?

—Sí —contestó Sara con voz apagada, sabiendo que aquel chico misterioso de pelo castaño y rizado nunca se interesaría por ella.

—Puedo enseñarte el pueblo si te apetece. Tiene mucho que ofrecer, aunque pueda parecer aburrido para una chica de ciudad como tú.

—Estaré encantada de conocer este mágico lugar —contestó Sara entusiasmada ante tan inesperada invitación—. Me fascina su belleza y el misterio de sus aguas, creo que tienen mucho que ofrecer, aparte de servir de reclamo para los visitantes del balneario —añadió ella.

—Si mañana madrugas, te enseñaré la senda fluvial, puesto que ahora es de noche y no podrás contemplar la maravilla del lugar. Podremos visitar las cuevas si te apetece también —siguió sugiriendo el chico.

Sara no sabía qué contestar. Tenía que pensar rápidamente qué le diría a la familia de su amiga a la mañana siguiente para no ir a aquella excursión a Santander capital que tenían preparada para ver el Sardinero y sus jardines de Piquío. Fingiría una indigestión, pensó. Las aguas del mar Cantábrico le atraían muchísimo: ese mar enfurecido golpeando las rocas y la península de la Magdalena que Laura le había enseñado en algún video de Instagram. Pero la proposición de Juan era irrechazable. Recorrería esa senda y todo lo que él decidiera mostrarle, puesto que sabía que el chico no la defraudaría. La pareja había conectado desde un primer momento, de manera sencilla y casual, como los adolescentes suelen hacer, sin preguntas difíciles o dobles sentidos.

—A las nueve en punto, cuando las campanas de la iglesia toquen. A la salida de tu hotel —propuso Juan.

—Allí estaré —contestó ella.

Cierto era que a Sara le atraían las aguas de aquella senda de la que Juan hablaba, pero sentía mucha más curiosidad por aquella quesería que aparentemente iba a cerrar y pertenecía a los padres del muchacho. Le propondría visitar el establecimiento y, quién sabe, si Juan le enseñaría el proceso de elaboración de

aquellos quesucos de nata que había probado aquella mañana en un bar del pueblo.

—Podemos dar un paseo ahora si te apetece —sugirió Juan inesperadamente—. Te mostraré el ayuntamiento y la iglesia románica de San Miguel.

—De acuerdo, pero te advierto que sé poco sobre arte —avisó ella.

—No tienes que entender de arte, solo tienes que sentirlo. Sentir en tu interior esa belleza que tus ojos están contemplando y disfrutarlo. Muchos historiadores y artistas se esmeran en explicarnos las diferencias entre los diferentes estilos, cuando realmente solo necesitamos deleitarnos con lo que nuestros sentidos nos transmiten al contemplar esas maravillas que solo el ser humano es capaz de construir —expresó Juan.

Llegaron a la iglesia y Sara no podía más que admirar con asombro cada detalle que su nuevo amigo le mostraba sobre el templo. De nuevo, estaba plenamente presente.

—En un mundo en el que la inteligencia artificial cada vez deja menos a la imaginación, se agradece contemplar estas obras de arte —decía Juan mientras le indicaba fijarse en la torre, originalmente construida en el siglo XVII, y otros detalles de la iglesia—. Sara estaba maravillada ante tanta belleza.

—Es curioso; a veces solo tenemos que darnos cuenta, fijarnos en los detalles y agradecer todo lo que la naturaleza y también la mano del hombre nos ofrecen —continuó reflexionando Juan—. La mayoría de las veces ni siquiera nos percatamos de la grandiosidad de la luz del sol que calienta e ilumina nuestros días, nuestras vidas y almas; mucho menos somos capaces de percatarnos del arte: edificios, casas, establecimientos, hogares que nos arropan con el calor de sus muros, ya sean de hormigón, cemento o piedra. Imagínate si mirásemos más allá, en el interior de las personas, en lo más profundo de sus almas, en sus corazones llenos de vida y sentimientos. Los seres humanos tenemos que volver a llegar ahí, a nuestro máspreciado tesoro, nuestro corazón, que al igual que hace el río Pas con sus aguas, late y bombea sangre continuamente, llenándonos de vida para compartir. Y ahí está la clave: compartir. Compartir amor, alegría, felicidad y otros sentimientos que, a veces, nos hacen experimentar sensaciones no tan placenteras como la nostalgia, melancolía o tristeza. De ahí nace la compasión y empatía que no deberíamos dejar de poner en uso, hoy en día tan necesarias, vitales diría yo. Tenemos que volver a mirar al mundo. Pero mirar con mayúsculas. Mirar a nuestros semejantes con ojos de bondad, amor y comprensión, buscando lo mejor que cada persona trae consigo.

«Yo te vi». Pensó Sara para sus adentros cuando su amigo terminó de hablar.

Y cierto era que Sara le había visto y también había visto su interior. Se lo confesaría a la mañana siguiente en aquella senda fluvial que prometía brindarle más que aguas medicinales.

Juan la acompañó hasta la puerta del hotel y la besó. Un beso inocente en la mejilla, pero que transmitía esa conexión que Sara sintió como el mejor de los besos de cualquier novela televisiva o radiofónica como *The Archers*. El beso más romántico que Sara había recibido hasta ahora. «¡Ahora sí que estoy viviendo el momento presente!» pensó entusiasmada. Ese beso era real.. Y subió de vuelta a la habitación del hotel que compartía con su amiga.

Esa noche Sara no durmió bien. No porque la cama o la almohada fueran incómodas, ¡para nada! Pero Sara no dejaba de pensar en cómo se las arreglaría para poder salir a las nueve del hotel sin que nadie la echara de menos. Diría la verdad, decidió finalmente. ¿Por qué habría de mentir? ¿Qué había de malo en querer pasear por el pueblo donde se alojaba con un chico local que podía mostrarle cada uno de los rincones de aquel pintoresco lugar? Lo peor que podía pasar era que Mónica y Alberto se opusieran a su proposición, pero, hasta donde ella sabía, los padres de su amiga Laura eran muchísimo más liberales y permisivos que los suyos, así que quizás pudiera lograr convencerlos.

A las ocho de la mañana toda la familia estaba en pie, dispuesta a desayunar los deliciosos manjares que su alojamiento les estaba a punto de ofrecer. Una selecta variedad de lácteos y dulces típicos, panes y frutas de temporada, entre otros manjares, les esperaban en la zona de la cafetería. Y entre bocado y bocado, Sara se dispuso a contar su aventura de la noche anterior y la proposición de su amigo de enseñarle el pueblo.

---

—¡Yo también iré con vosotros! —exclamó Laura sin apenas poder contener su emoción.

«¡Debía haberlo imaginado!», pensó Sara, enfadándose consigo misma pero sabiendo que esa era su única opción para volver a ver a aquel chico. ¿Por qué siempre la sombra de su amiga acechaba en cualquier ocasión especial que se le presentaba? Sara quería ser ella misma, mostrar sus sentimientos, ambiciones y sueños al que parecía ya ser uno de sus mejores amigos, pero con Laura a su lado pensó que no lo lograría. De alguna manera se sentía intimidada por su amiga.

—Está bien, chicas. Podéis ir, pero debéis mantenernos informados de qué lugares visitáis y, por supuesto, no podéis salir del recinto del pueblo —dijo finalmente Alberto, a la vez que Mónica asentía con la cabeza.

—No lo haremos —contestó Sara, sin saber muy bien si reír o llorar, puesto que sabía que la magia de sentirse importante para alguien, en este caso Juan, se esfumaría tan pronto como el chico captara la presencia de su atractiva amiga.

—Llevad agua y gorra, puesto que el día promete ser caluroso de nuevo —recomendó Mónica al tiempo que se disponía a levantarse de la mesa del desayuno.

Alberto y Mónica estaban, por su parte, dichosos, ya que tendrían el día para ellos solos en la capital de la provincia y así disfrutarían a su antojo de las delicias culinarias y visuales que Santander prometía ofrecerles.

Tan pronto como Juan vio a Laura, supo de inmediato que la chica se había unido al plan sin haber sido invitada. Aunque, al igual que Sara, Juan también sentía esa conexión invisible que parecía unirlos más fuerte que una de esas sogas que, a veces, utilizaban los lugareños para amarrar el ganado, Laura sería bienvenida también a esa excursión que prometía convertirse en inolvidable para todos ellos. El lema de Juan era siempre incluir, y aceptar lo diferente y no común. Había sido educado en un hogar humilde pero lleno de valores, en el que el respeto hacia los otros y la amabilidad eran el pilar. Juan era muy observador y tenía escuela de vida. Desde muy joven había colaborado en el negocio lácteo familiar, ese que ahora tantos problemas económicos estaba dando a la familia. Las marcas blancas y la amplia variedad de productos en el mercado no estaban dando tregua a la quesería, y el joven y su familia se veían abocados a la quiebra.

No le fue difícil a Juan darse cuenta del afán de protagonismo, las inseguridades y la falta de autoestima que Laura tenía.

—Laura también viene a descubrir la senda fluvial con nosotros, Juan —informó Sara en un tono neutral.

—Pongámonos en marcha, pues —contestó él, imitando la misma modulación con la intención de que la nueva excursionista se sintiera integrada en el grupo.

Comenzaron a caminar por aquella senda rocosa junto al río Pas. El sonido del agua volvía a transportar a Sara al momento presente. Desde que había llegado a aquellas mágicas tierras, Sara vivía cada instante intensamente, sin dejarse llevar por otros pensamientos que la pudieran apartar de vivir el ahora. Y era ahora, en ese instante, cuando Sara se sentía viva, como esas aguas limpias y llenas de vida que le transmitían una energía y fuerza inigualables. Había algo en aquellas aguas que la hacía sentir segura de sí misma y libre de miedos e inseguridades. Ya no se sentía inferior o insegura, incluso en presencia de su amiga. Por un momento, las dos amigas cruzaron sus miradas. Laura, que ya había podido sentir esa magia que había entre su amiga y aquel joven desconocido de pelo rizado, no necesitaba palabras para entender que su compañera se había enamorado. Amor a primera vista como en las películas, pensó. Ese amor que ya apenas se da en las nuevas series de las plataformas televisivas y que ha quedado relegado a filmes clásicos de otros tiempos.

—Me siento un poco indispuesta —dijo Laura de repente—. Creo que volveré al hotel y trataré de relajarme en el circuito cántabro del balneario, que promete ser renovador.

—Te acompañaremos de vuelta —respondió Juan inmediatamente.

Sara sabía que su amiga no estaba aquejada de ningún mal. Volvieron a mirarse y comprendió que Laura había experimentado compasión por ella. Por primera vez, Laura se había dado cuenta de que Sara necesitaba su espacio, sin nadie que le hiciera sombra y tratara de destacar sobre ella para autoafirmarse.

Laura se sintió apenada, pero por ella misma. Hasta ahora eso es lo que había estado haciendo con esa personita que siempre le había regalado lealtad y afecto incondicionales. Sara, siempre en un segundo plano y eclipsada por ella, nunca había rechistado ni expresado enfado alguno ante sus desplantes y superioridad. La joven se percató de cuánto su amiga la quería y lo afortunada que era de tenerla en su vida. Gratitud era ahora lo que Laura sentía, porque la vida había puesto a aquel ángel en su camino cuando se conocieron por primera vez en la escuela infantil del barrio, siendo apenas unas bebés.

Volvieron a hablar sus ojos. Laura asintió y Sara sonrió, y las lágrimas asomaron a los ojos de las dos adolescentes; lágrimas de alegría y llenas de amor que se asemejaban a las aguas de aquel río que seguían la corriente hasta llegar a su destino: el mar. Laura comprendió que ellas también debían encontrar sus respectivos mares, siempre unidas, dándose apoyo y respaldo, pero respetando sus diferencias y necesidades.

Después de dejar a Laura en el hotel, entre Sara y Juan todo transcurrió de manera similar a como transcurre el ciclo del agua. El sol calienta el agua del río, el agua líquida se convierte en vapor y asciende a la atmósfera. Ese vapor se enfría y vuelve a ser líquido, creando pequeñas gotas que se agrupan en forma de nubes y que más tarde volverán a caer a la Tierra en forma de lluvia, granizo o nieve. Así surgió su amor, en un día soleado ese caudaloso río que los había unido la noche anterior, era calentado por el sol de la mañana, transportando las gotas de agua a la atmósfera, al igual que sus sentimientos se elevaban por momentos. Sus manos se entrelazaron, como se agrupan las gotas en las nubes. Ninguno de los dos quería que sus manos se separaran, del mismo modo que las nubes se resisten a descargar esas gotas y solo lo hacen cuando se vuelven demasiado pesadas. Y la precipitación vendría, al igual que su separación también se acercaba, pero sabiendo que sus corazones volverían a encontrarse de nuevo, del mismo modo que las gotas de agua volverían al río Pas en forma de lluvia.

Si estas dos almas gemelas volverían a encontrarse a lo largo del caudal de sus vidas no lo sabemos. Eso forma parte de un futuro intangible. Es el ahora lo que importa y, Sara, lo había experimentado durante este viaje transformador que sin

duda alguna cambiaría la vida de nuestros tres protagonistas. Bondad, compasión, inclusión, gratitud, amor y un sinfín más de positivas virtudes habían fluído junto a las aguas del Pas, testigo y protagonista de esta sencilla pero bonita historia

—Volveré. —dijo ella.

—Y yo estaré en el puente esperándote.—respondió él.

Título: Aquí, ahora.